

disertaciones donde resucitan argumentos, deshechos cien veces por los teólogos; donde la chanza, la burla, el gracejo hacen de principios y demostraciones; donde las definiciones, el orden, la claridad no entran jamás; ¿no son estos vuestros libros? Borriones que al modo del *calamar* enturbian el agua para escapar del contrario y atrapar en medio de la confusion su presa; ¿no es esta perpetuamente vuestra lógica? Pónganse á un lado las obras de Celso, Juliano, Baile, Voltaire, etc., y al otro las de Orígenes, san Basilio, san Agustin, Nonote, Gué- née, etc., y decida el mas apasionado.

Pongamos pues en orden un punto interesantísimo. Amigo mio, no es hombre de entendimiento ó talento, quien recibió este don de la naturaleza, y usando ilegítimamente de él, le hace instrumento del vicio ó la mentira. No es hombre de razon el que mas la vocea ó mejor la finge. No es sabio el que se hace el panegirico á sí mismo directa ó indirectamente. No es sabio el que, sin mas caudal que una imaginacion fecunda, hace unos títeres; en que deslumbrando á los espectadores, mete la pataca, que enciende lumbre. No es sabio quien, viendo el clarin de la fama en manos de un partido, compra sus oficios al precio infame de servirle. No es sabio quien, á trueque de llamar la atencion por lo raro, lleva siempre la contraria del comun, ó niega las ideas fundamentales de este honroso título, ó que las haya en este mundo. ¿Quién es pues el sabio verdadero? *Disce ubi sit prudentia, ubi sit virtus, ubi sit intellectus: ut scias simul, ubi sit longiturnitas vite et victus, ubi sit lumen oculorum, et pax.* (Baruch. III, 14.)

De entendimiento es quien emplea este talento, adornándole con las verdaderas luces, y ordenándole perpetuamente á la virtud. De razon es quien, nivelando por los principios sus sentencias y proceder, cuida mas de merecer este honroso título, que de buscarlo. Sabio es quien considera la causa altísima, quien por ella juzga rectísimamente de todas las otras, quien segun ella ordena todo lo demás. (*S. Th.*, 2. 2. q. 45, art. 1.)

Con que segun esto, replicará ymd., ¿diremos que no hay talentos, ni razon, ni sabios en todos aquellos que no conocen á Dios? ¿que tiene talento, razon, sabidu-

ria el que le conoce, por simple que sea? Asercion no solo extravagante, sino contraria á la experiencia. ¿Diremos que d'Alembert no supo geometría, ni Voltaire fué poeta, ni Newton físico, etc., porque no fueron católicos ó piadosos? ¿Diremos que el hombre mas erudito no sabe palabra, aunque haya leído cuanto hay escrito, en el hecho de tropezar en los principios?.... Vea ymd. aquí, amigo mio, otro raigon del escepticismo que hace infinito daño, y así á lo sordo, sopla el desprecio con que se oyen y zumban las verdades que acabo de proponer, ó cuando menos se esterilizan en la práctica. Desenredémonos tambien de este lazo, y lo primero en cuanto á la sabiduria en comun.

Sabio es, quien considera la causa suprema, juzga y ordena segun ella lo demás. Y como todo hombre ha de considerar, juzgar y ordenar siempre sus ideas, ú obras, por una causa suprema, de aquí es que todo hombre es en cierto modo sabio, y tanto mas, cuanto mejor considera, juzga, y ordena segun aquello que él mira como causa suprema. Esto supuesto, compararemos las sabidurias en cuanto al objeto, ó en cuanto al modo de aplicarle á la ordenacion de los demás. Si atendemos á lo primero, solo el sumo y verdadero fin hará verdaderos sabios; y todo otro fin hará sabios de nombre, sabios falsos, sabios *ad malè agendum, ut faciant peccata*, terrenós, animales, diabólicos, segun que colocan la razon de causa suprema en lo terreno, corporal, ó en la soberbia, etc. (*S. Th.* 2. 2. q. 45, art. 1º ad 1). Como vemos suceder que el perdido suele andar mas y mejor, que el que sigue su camino; así vemos que el error toma por lo comun mejor las medidas, adopta sus planes, hace entrar en ellos á todos los ramos de la literatura, con una extension de ideas, con un tino, con una sagacidad, que hizo decir al mismo Jesucristo que *los hijos de las tinieblas son mas prudentes que los de la luz en su generacion*. Si es esta la palma que pretenden, señores míos, tómenla, y buen provecho les haga: nadie se la niega, y aun yo pienso hacerles las honras en desocupándome del punto presente. Pero, ¿qué tenemos con eso? Que siendo falso el cimiento, el yerro sale siempre á la colada: que semejantes al perro de la fábula, se quedan sin la tajada ver-

dadera, y la que abultaban las aguas no parece. Hablen sino esos estados primitivos de la Iglesia, que se pintaban como próximos á renacer en Alemania, Inglaterra, Holanda, etc. Hablen esos tesoros públicos, que debían rebosar la abundancia con los cálculos de la economía antireligiosa. Hablen esas ciencias sacadas de quicio, donde cada una se tiene por suprema; todas censuran por su peso á las demás; todas ignoran sus principios, sus límites, sus métodos; todas en insurrección, atacan la metafísica, echándola no solo del trono, sino aun del recinto de la literatura. ¿Es esta la sabiduría?..... ¿Es ignorancia la contraria? Pues echen acá esta ignorancia, y quédense con su sabiduría. Pero sepan que *est aliquam stultitia bona huic sapientie male opposita, per quam aliquis terrena contemnit* (S. Th. 2. 2. q. 46, art. 1º ad 2). No nos ceguemos voluntariamente, amigo mio; el que conoce á Dios Padre, tendrá menos talento; pero lo empleará mejor: será menos clara su razon, menos nocivas sus aplicaciones: no será sabio; pero estará mas cerca de serlo. Porque así como errado el camino, quien corre mejor, se pierde mas, así atinado este, no se andará tanto; pero se andará mas acertado, que es lo que importa. No está el negocio en trabajar mucho, sino en trabajar bien. Talento tuvieron los alquimistas y los gerundiales, y á pesar de esto reciben y merecen el desprecio universal. No obstante, como para ser sabio no basta conocer en globo la primera causa, sino que es necesario aplicarla al juicio y ordenacion de lo demás: hé aquí porque sobre la piedad se necesita un poquito mas para merecer este título. Y así no decimos que todos los cristianos son sabios; lo que decimos es que son menos tontos que los contrarios; porque se arriman mas á la sabiduría verdadera. Lo que decimos es que entre ellos no se dan tan á bragas enjutas estos dictados; que antes de merecerlos un Crisóstomo, un san Jerónimo, un san Agustin, un santo Tomás, un Belarmino, etc., tuvieron que reunir á su santidad una doctrina, que ni aun conocer saben los que censuran de ignorantes á los que siguen sus pisadas: que las cátedras de la Religion no se confieren sino despues de largos años de carrera, y de dila-

tados exámenes *de scientia et moribus*, cuando las de sus contrarios son ocupadas á nuestra vista por ciencia sin costumbres, ó por costumbres sin ciencia, ó por la falta de uno y otro, que es lo mas comun. Lo que decimos es, que para merecer el nombre de sabio se necesitan dos cosas: 1º conocimiento recto de la causa suprema: 2º aplicacion de este conocimiento al juicio y orden de todo lo demás. De suerte que ni lo primero, ni lo segundo hacen separadamente sabios; pero lo segundo sin lo primero, hace menos sabios aun que lo contrario. ¿Estamos acordes en esto?..... Vamos pues con el segundo enredo.

D'Alembert fué géometra, Voltaire poeta, muchos impíos poseyeron hasta hoy una ó muchas ciencias, y otros poseerán otras despues de nuestros dias. Esto lo confieso yo, y ningun católico lo ha negado jamás. Lo primero, porque el conocimiento expreso de la causa suprema no es necesario para poseerlas *simpliciter*; es decir, de suerte que sin él no puedan adquirirse; ó perdido él, se pierdan; ó confundido, se confundan absolutamente; pues á ser así, seria este negocio de muy pocos, y casi todos seriamos como una bula. ¿Qué es pues lo que decimos? Decimos que la impiedad convierte en daño de los profesores estos conocimientos, y alejándolos de su fin, aunque sean sabios matemáticos, no son sabios en el orden último ó comun. Decimos que una vez desnivelada esta sabiduría respectiva, no autoriza al sugeto para que se le crea en materias que ni tocan ni tañen al ramo que posee: decimos que al modo de un privado, á quien su elevacion conduce á atentar al trono, y á atropellar á los demás, estos méritos respectivos atacan á las demás ciencias, las someten á sus caprichos, las sacan de su orden regular, y habiendo entre ellas muchas necesariamente conexas con la Religion, con la política y la moral, vienen á ser estos talentos apreciables dentro de su esfera, pero funestos fuera de ella: decimos que aun dentro de sus límites son sabios, no porque son impíos, sino porque poseen unos principios que lejos de nacer de ella, ó autorizarla, condenan la impiedad misma á quien se les hace servir contra su inclinacion natural; y así que el mirar sus progresos como fruto de la impiedad; el creer á esta como el úni-

co Mecenas; el mirar los sentimientos religiosos como unas trabas del entendimiento humano, que es necesario romper, para dar su complemento á la literatura, es no solo iniquidad, sino mentira é ignorancia de unos y otros conocimientos: decimos que aun de la estatura de estos colosos en su ramo respectivo, hay que rebajar la ignorancia de los jueces, la pasion de los panegiristas, las tramas del partido, etc., etc.; porque una cosa es decir *es sabio*, sin mas trabajo que menear la lengua; otra muy distinta decirlo despues de un exámen muy atento y detenido, sobre el objeto á quien se aplica este dictado: decimos que de este coro de héroes hay que sacar un centenar de capas-rotas, que el uno porque enseña lo que nadie dice; el otro porque censura á los que no entiende; este porque habla sin rozarse; aquel porque escribe *calamo currente* sobre todo sin decir nada; quién porque cita autores que no leyó jamás, ó que leyó de prisa, ó que copió de donde los citaba un libro viejo, aparecen unos sabios, siendo méros copiantes ó aduladores de quien toca á fiesta ó á nublado, segun se le paga su trabajo: decimos finalmente, porque á decirlo todo nunca acabaríamos de hablar, que para hacer un verdadero héroe literario se necesitan todas estas piezas: 1º Talento, porque quien asno va á Roma, asno se torna. 2º Saber el manejo ó direccion de estos talentos; porque una buena herramienta en manos de un loco ó un tonto, es peor todavía que la mala. 3º Conocer las reglas de la sabiduría en general, conocer y respetar el orden y armonía que todas las ciencias guardan entre sí; no dedicarse ó extenderse á mas de aquella, ó aquellas que permitan sus talentos y destinos, y abstenerse siempre de hablar en lo que no se sabe, ó de querer saberlo y juzgarlo todo. 4º Dedicado á una ciencia, tomar bien los principios, extenderse á todos sus ramos, penetrar bien la conexion de sus partes: en una palabra, arraigar bien, como lo hacen las plantas antes de levantar sus troncos y extender sus ramas. 5º Despues de haber echado de raices y dominar, digámoslo así, la ciencia ó ciencias, ir progresivamente extendiendo sus conocimientos; y esta extension á puntos curiosos, á singulares, etc., es lo que se llama propiamente erudi-

cion. 6º Adquirir con el continuo uso la facilidad necesaria en manejar las luces que ya tiene, empleándolas en cuantos usos puedan tener en orden á los demás conocimientos ó necesidades, juzgando siempre por los principios, y no andando al retortero; ahora digo esto, luego aquello; ahora adulo á este, y luego á aquel; ahora sirvo á la avaricia, luego á la ambicion, buscando la mitra, la renta, ó los aplausos, etc. ¿Qué me dice vmd., amigo? ¿Es ó no es la verdadera esfigie del hombre de talento, de razon, sabio, científico, hábil, erudito, etc.?

Pues añado aún mas (y con esto contesto á la tercera réplica), que todas estas circunstancias no son como un monton de peras que se cuentan principiando por la primera que sale; sino que tienen su orden esencial, de suerte que han de descansar la una sobre la otra, si no queremos dar al traste con todo lo demás; y así ni el talento vale sin una buena lógica, ni la buena lógica hace nada, si trueca los frenos de las ciencias, y yerra el temple de la que maneja; ni la erudicion es algo, si los principios no guian la mano que la recoge; ni recogida vale un pito, si la malvende un ánimo apasionado, desahaciendo en un soplo lo que adquirió con el trabajo de largos años. Sino que así como el árbol arraiga lo primero en la tierra, que es el fondo comun de la vegetacion; así el hombre sabio debe tomar del orden comun de los conocimientos su sustento, y fijar en él las raices de su literatura. Aquel sin traspasar los límites de su especie va desplegando su virtud; este tambien debe contenerse en sus límites, y trabajar en ellos; aquel brota el tallo, despliega las hojas, asoma las flores, sazona con detencion los frutos, etc.; este tambien, subdividiendo las materias, debe ir colocando cada una en su lugar, estudiándola á su tiempo, dándola el uso que merece; aquel, extendiendo y levantando todos los años su cepa, extiende al mismo tiempo sus raices, y robustece con nuevas capas al tronco; este, dando extension á sus conocimientos, debe igualmente radicarse con ellos en los principios, arraigándolos mas, y robusteciendo su luz para penetrar mas de lleno el enlace que los une: aquel no extiende sus raices sino para colgar de los renuevos la flor, el fruto, y la semilla; así el sabio finalmente

debe dilatar sus luces para hermoear con ellas el ramo á que pertenece, para dar frutos á la sociedad, para dar semillas que los perpetúen despues de su muerte, y en ellas la semilla de su eternidad. Hé aquí, amigo mio, el concepto que acá á mis cortos alcances tengo yo formado de un hombre digno del título de sabio ó erudito. Estoy persuadido á que necesitará mas; pero seguro al mismo tiempo de que no puede serlo con menos. Y así con esta regla en la mano, no dudo desafiar á esa cáfila de sabios *apud semetipsos*, oponiendo á todos ellos unó solo de nuestro bando. ¿Quién? El angélico maestro *santo Tomás*. Lea vmd. únicamente el sencillo proemio que antecede las cuestiones de su nunca bastantemente ponderada *suma*, y verá establecido en la primera el carácter de la teología, é indicadas, como en un mapa particular, sus relaciones con las regiones próximas de la literatura; abrirse este tronco en tres brazos, subdividirse el segundo en otros dos, y quedar patentes las cuatro partes que forman el objeto de su obra. Verá vmd. á la raiz de cada uno de estos ramos, una nueva subdivision tan natural, tan sencilla, que parece brota del fondo mismo del asunto: estas se abrirán igualmente en cuestiones, y arracimados en cada una cierto número de artículos, caminará vmd. desde el primero hasta el último, sin perder jamás el hilo, hasta que la muerte detiene su pluma. Atónito con mas motivo que la reina de Sabá, admirará vmd. á este pacífico Salomon conservar con todas las ciencias una armonía, que honra sus principios, y sin deprimirlas, las hace pender de sus lábios, y prestar gustosamente sus homenajes á la que, como reina de todas ellas, ostenta en este trono toda su magnificencia. Gozando como este sábio rey de los despojos, que con la intrepidez de sus padres arrebató á los enemigos, edifica un templo suntuoso á la verdad, sin que se oiga en toda su construccion el ruido del martillo, que son las expresiones fuertes, propias de la guerra. Contento con haber llevado las materias hasta los umbrales de la erudicion, se abstiene de ella en toda la obra, para que su inoportunidad no anticipára las flores y esterilizara los frutos. ¡Qué igualdad de estilo! ¡qué uniformidad de principios! ¡qué modesta sencillez en un orden, en unas

verdades, fruto cada una de la erudicion mas vasta! ¡qué!.... Pero ¿á qué describir yo, amigo mio, lo que sus énemigos confiesan, y su obra acreditaría, cuando tuvieran la osadía de negarlo?.... Tomad en una mano, sabios del siglo XIX; tomad en una mano las ideas generales de talento, entendimiento, sabiduría, ciencia, habilidad, erudicion, etc. Poned en otra á este santo doctor, y decida nada mas que el sentido comun. Dejad este, y tomad uno por uno vuestro sabios: ¿mas qué digo, uno por uno? reunidos todos, y vereis que *unus pro omnibus reputatur*.

Talento tuvieron un Rousseau, un Voltaire, un d'Alembert; pero talento envuelto en el lienzo de la iniquidad; talento escondido en el cieno de la lujuria y los demás sentimientos terrenos y carnales. Testigo es de esta verdad la Europa, testigos sus escritos, testigos cuantos blasonan de discípulos suyos en el dia. Sus desórdenes fueron la causa primera que movió su pluma. Los negros borrones de esta, son la ley de vuestras obras. Identificadas estas con aquella, persiguen una Religion, cuya moral las condena; aplauden una filosofía natural que no alcanza á autorizarlas; censuran al católico vicioso, no porque lo es, sino porque no llega á serlo hasta sacudir la ley de que se aparta, y que ellos aun especulativamente no pueden sufrir. Citadnos escritos que condenen las obras; señaladnos los tribunales donde espiais hasta los sentimientos de vuestro corazon; presentadnos declamaciones de vuestros maestros contra el vicio, ó condenaciones del error.... ¡Qué habeis de presentar!.... Sofismas donde se trata de confundir las ideas de lo recto; atolondramiento, que aleja de vuestras plumas el orden; voces y ruido donde reventada la imaginacion, é hinchado el entendimiento, aparenta grosura, siendo aire lo que tiene. ¿Es este el uso de vuestro talento? ¿Esta la lógica tan decantada?.... Hablen vuestros escritos, y sentencien las generaciones venideras.

Sabios.... Sabios.... pero ¿dónde están las leyes que presiden á esa sabiduría universal? Pénsese en la balanza de la razon esos hombres omniscios de vuestro partido. Voltaire, fuera de sus versos, ¿qué tiene sino errores filosóficos, errores históricos, errores de política, errores de cuanto toma por su cuenta este *Petrus in cunctis, et*

nihil in toto?..... Nonnotte se los puso delante, ¿ha respondido?..... Guené¹ le hizo patente su ignorancia en solo el Antiguo Testamento: ¿ha contestado? La *Enciclopedia*..... montes por hombres, rios por ciudades, etc., etc., etc., se le hicieron ver palpablemente. Pues digo, *si in viridi* pasaba esto, *in arido quid fiet?* *Planes de estudios*..... aquí es donde propiamente se tantea el mérito literario acerca de esta sabiduría universal: léase nada mas que el ²... y juzgue cada uno por su ramo.... *Titulos, elogios, censuras*..... aquí tambien es el ver los hombres. Sabios son llamados los anteriores con otros muchos; sabios son apellidados, á dos carrillos, el estudiante que gasta en adobar las botas todo el dia, el librero que no conoc mas que los rótulos, el zapatero, albañil, etc., que dice mas disparates en ciertos asuntos; y esto con abrir los ojos y no taparse los oidos, puede verlo y oirlo el que tenga paciencia para ello.

Ciencia. Esta se adquiere estudiando. ¿Cuántas horas estudia vmd., señor mio? Vmd. se levanta á las diez, segun es público; el tupé, las botas, el pantalón, etc., necesitan.... démosle una hora, y me quedo corto: son las once..... á las once y cuarto iba vmd. hecho un Adonis por la calle de.... ha estado vmd. en visitas hasta la una; en comer y dormir la siesta se han ido hasta las tres; los compañeros estaban citados para la media; el paseo, merendar, tocar la guitarra, ir al sarao ó comedia, dar media vuelta á lo *voace cabayero*, evacuar las citas de la ventana ó la galería, etc.: se fué la trasnochada.... ¿No me dirá vmd., por su vida, qué secreto, ó qué encantamiento tiene para ser sabio? ¿Qué gracia particular acalla la imaginacion, para que no piense en aquel quebraderillo de cabeza que vmd. sabe; ó como pensando en él, en la camorra, en las botas, etc., no se distrae esa atencion peregrina?..... Porque yo á la verdad..... tengo hace dias hecho el contrato de Job con sus ojos, madrugo, no salgo de casa, se me van sobre los libros las horas, y ando al tres menos cuartillo, cor-

¹ Es el autor de las Cartas de algunos Judios, traducidas ya al castellano.

² Juzgamos que habla del plan de estudios de la época constitucional, tiempo en que se escribian estas cartas.

riéndome de saber menos cada dia.... Con que, ¿qué diantres es esto? Consistirá en el hábito y los principios que vmd. tiene de antemano.... Pero ¿qué habito ó qué calabaza, si fué siempre lo mismo? En cuanto á principios no digo nada: cuando estábamos en tal parte.... no sabia vmd. leer sino á medias.... Gramática menos... memoria tan virgen, que no la vimos nunca en el aula, ¿tanto era su recato! Vmd. se vino á estudiar leyes porque el catedrático le negó el curso.... con que.... otro debe ser el secreto.... ¿Si será el establecimiento literario?... ¿Pero qué establecimiento ni qué ocho cuartos?... En un seminario¹, donde se cumplia á la letra el *abstinet venere et vino, qui pythia cantat tibiam*; donde se madrugaba, donde catedráticos celosos velaban, enseñaban, y seguian la regla los primeros; donde hora y media eran el único tiempo vacante en todo un dia; donde al aula seguia el estudio, al estudio el aula, á uno y otro la conferencia, la academia, etc.; donde el argumento, la leccion de oposicion, la plática, el sermon, el ejercicio de retórica eran los dias de fiesta, etc.; etc. En un taller de esta clase, repito, holgaba vmd., andaba siempre haciéndose cruces en la panza, y presentándose con el libro, graduado lector, en medio del refectorio, mordía la cadena, porque no permitia holgar sin riesgo, la rompió por fin, y se fué á una universidad, donde se lame á su placer como buey suelto, madruga y estudia lo que quiere, teme á nadie, va al aula á fortuna, oye al sustituto, y se pasan las semanas enteras sin ver al catedrático..... y adelantar aquí tanto que el cola de allá viene á ser el *non plus ultra* de la aplicacion, del talento, etc..... Pese á mi alma si lo entiendo.... ¿Son los autores?..... Pero qué autores, ni qué enemigo.... para quien no lee, todos los autores son iguales. Ya vé vmd., son *elementales*, y en una hora se aprende lo que allá costaba un año.... Son *elementales* y claros, y apenas se leen, se entiende cuanto hay que saber en la materia.... Son *elementales*, y el catedrático no necesita explicar ni cansarse en probar lo que no necesita explicaciones..... Son *elementales* y dejan tiempo para holgar, solazarse, y vivir como se

¹ El de Sigüenza, en tiempo del ilustrisimo señor Bejarano.

quiera.... Son *elementales*.... y.... Se aprende sin estudiar, y se sabe sin aprender, y se hace sabio por encanto en veinte y cuatro horas. — ¿No es esto? Esto debe ser sin duda; al menos así se nos quiere persuadir. Pero díganme por su vida, si son *elementales*, ¿á qué esa queja de que no tenemos libros *elementales*? Si son *elementales*, ¿cómo antes de serlo, *erant duo molentes in una mola*, y el uno salia sabio mientras el otro salia necio?.. Si son *elementales*, ¿dejarán de ser un *mappa mundi*, cuyos puntos ocupan inmensas leguas, ó una semilla de dilatado volúmen, cuya extensión debe llenar el tiempo, y el cultivo no interrumpido? ¿Reducen la extensión de las ciencias; dilatan la limitación del entendimiento humano; fortifican la debilidad de la luz; vencen los obstáculos de las pasiones é ingenios diferentes; infunden la inmensa variedad de la erudición los libros, por *elementales* que quieran suponerse?.... Son *elementales*.... pero ¿bastan los elementos para hacer un sabio, un censor, un juez, un gobernador universal en todos ramos, á tantos mozuelos petulantes como vemos?.... Son *elementales*, pero si no leen mas de á Volney con otros que ni son ni pueden ser *elementales*.... pero si todos, doctos é indoctos, médicos y boticarios, zapateros y sastres, son graduados sin leerlos, como los que los leen.... Son *elementales*.... pero lo que soy yo es un machaca, amigo mio, cuando trato de estas cosas.... Y ¿qué quiere vmd. que hagamos tampoco, si está uno hasta el cogote de ver esta plaga de sabios, que un vienteçillo, semejante al de las codornices del desierto, nos ha traído sin saber de dónde ni cómo?.... Dirán que no son suyos los contrarios; mas yo les diré, con perdon suyo, que mienten; y sólo que me respondan. ¿Quién censura los establecimientos literarios, donde se manda estudiar y vivir sujetos, segun fué siempre debido á la edad menor? ¿Quién censura de opresion, opuesta á las luces del día, la disciplina severa que mantuvo el orden, é hizo prosperar las escuelas mas brillantes? ¿Quién ha reprimido los castigos¹, y defendido como don Quijote el tafanario de

¹ Alude al decreto de las Cortes, en que prohibia dar azotes á los estudiantes.

Andresillo? ¿Quién levantando hasta las nubes maestros conocidos únicamente por el abuso de sus deberes, por su condescendencia con súbditos participantes de sus crímenes, por su insubordinación á las leyes y prácticas generales, ha censurado, desterrado, perseguido, y hecho el oprobio de sus súbditos á cuantos, fieles á la confianza que los padres, la Religion y el Estado habian depositado en ellos, no han envenenado sus pechos, ni vendido á la secta sus servicios? ¿De dónde han salido los presidentes de las logias, los reformadores, los proyectistas; sino de casas donde se enseñaba todo, menos lo que se debía enseñar? ¿No vemos con los ojos curas que sin predicar ni confesar, ni ayudar á bien morir, ni visitar los enfermos, ni reconciliar los ánimos, ni apaciguar los matrimonios, ni instruir los niños, ni desempeñar alguna de las muchas obligaciones que ocuparon los días y las noches de los mejores santos y sabios que los precedieron en sus ministerios, el uno hace de abogado, el otro plantíos, este planes de un canal, aquel proyecta un molino, de cuyas resultas se arrambla el aza, se cae la casa, se quita la ganancia al molino de consejo, disminuyendo los propios, se arman cien pleitos, y el lugar viene á ser en breve un trasunto del infierno? ¿No estamos hasta los ojos de proyectos, donde el labrador da reglas de comercio, el comerciante hace cánones, el eclesiástico planes de hacienda ó guerra, el soldado reforma conventos, y todos tratan de todo, menos de lo que no trataron nunca, y debieron tratar siempre? ¿No vemos sudar á borbotones las prensas, é inundar todos los campos de la literatura producciones donde, escríbase de lo que se quiera, venimos á parar en que hay muchos frailes; en que los curas son muchos; en que el celibato religioso destruye la poblacion; en que un lego trae con las alforjas tanto y cuanto al convento, con otro centenar de impertinencias, dichas en tiempo de san Juan Crisóstomo, repetidas en el de san Jerónimo, recantadas por Guillermo de Santo-Amor, en el de san Buenaventura y santo Tomás; vueltas á cantar por Lutero, por Calvino, en la revolucion de Francia, en la presente, y en las venideras; de suerte que parecen todos ellos á los pájaros de un nido, que, abriendo la boca para comer,